

## UNA PRIMERA GUERRA EUROPEA NARRADA POR TUCIDIDES

Ocuparse del pasado puede no ser una mera actitud arqueológica desde el momento en que nosotros mismos somos nuestro pasado; y lo somos principalmente en el sentido de que nuestro presente viene a ser el conglomerado de posibilidades que aquél nos legó desde el instante en que llegó a su término, desde que se cumplió su tránsito de la mera potencia al acto concluso. Ocuparse precisamente del pasado que se entiende como clásico, puede, por ende, no ser mero clasicismo en el sentido de un puro vivir necrófago. "Los griegos no son nuestros clásicos; es que, en cierto modo, los griegos somos nosotros." Esto que Zubiri señala refiriéndose al pasado filosófico (1), podríamos repetirlo aquí con utilización diversa. El paisaje de las naciones de Europa puede equipararse, por una sencilla reducción de escala, al de los Estados griegos, y si, por otra parte, admitimos que de la Grecia hemos recibido como herencia sus grandes creaciones del reino del espíritu, no parece excesivo abrigar el temor de que se nos hayan legado al mismo tiempo algunos conflictos similares a los suyos, que, análogamente, también se hayan resuelto en el choque de las armas.

En todo caso, Grecia nos ha dado, además del espectáculo de su cultura, un desdichado paradigma de cómo se puede poner en peligro la vida de una superior comunidad política por el encono intestino de sus miembros. La guerra del Peloponeso posee una entidad de significación muy superior a la que puede desprenderse de su nombre geográfico; constituye, en rigor, la Primera Guerra Europea, porque todo lo que ya entonces existía de la futura Europa incurrió por vez primera en una dionisiaca obstinación de autoexterminio. Ahora bien, esta guerra y su trámite nos es posible percibirlos con una claridad que no es frecuente en la contemplación de la antigüedad, y todo ello gracias a Tucídides. Hoy, como ayer y como siempre, volver

---

(1) X. Zubiri, *Naturaleza, Historia, Dios*, pág. 410.

los ojos a la Grecia discorde que va desde 431 a 404 supone engolfarse en la *Historia de la Guerra del Peloponeso*, escrita por Tucídides, y seguir literalmente su narración año por año. Si esa Grecia pugnaz es, en muchos aspectos, nuestro propio presente, abrir el libro de Tucídides puede constituir una ocupación perfectamente actual y no una mera exhumación.

Por otra parte, se ha repetido hasta la saciedad que Tucídides es el primer historiador —en el más estricto rigor científico de la palabra— de la Grecia, esto es, de nuestra Europa. Este juicio, ciertísimo, tiene una mayor trascendencia que la de otorgar a ese escritor el sitial número uno en la hilera de los historiadores: cabría preguntarse hasta qué punto pudo ser Tucídides el primer europeo historiador, a no ser porque los hechos que vividos y narrados por él le otorgan este título son también, a su vez, primeros capítulos de la historia europea. Con este enfoque, la guerra del Peloponeso se nos convierte también en un trasunto, dentro de la cadena de las guerras, de lo que su autor representa en la cadena de los historiadores.

\* \* \*

Difícilmente habrá existido nunca un escritor que al frente de su obra haya podido estampar, a manera de prólogo, palabras como éstas de Tucídides en su *Historia de la guerra del Peloponeso*: *"Y en la lectura de esta narración quizá aparezca como cosa poco divertida la ausencia de mitos; pero ya será suficiente que la consideren útil quienes pretendan conocer no sólo la verdad del pasado, sino también las cosas semejantes a aquéllas, y que, dada la índole humana, habrán de sobrevenir de nuevo en el futuro. Esta es una adquisición para siempre, más bien que el relato momentáneo de una guerra"* (2).

He aquí unas palabras que al cabo de veintitrés siglos no han podido ser argüidas de jactancia; hay en ellas esa sencillez y esa sinceridad que se nos imponen con la razón suprema de lo evidente. Este griego concienzudo y hercúleo, que llevaba en las venas sangre de príncipes tracios, no era ni un farsante ni

---

(2) Thuc., I, 22. Me sirvo de la edición de Hude (Teubner, Leipzig) para la traducción de los pasajes citados.

un divo; un libro como el suyo, que hoy leemos en poco más de seiscientas páginas, hubiera resultado demasiado caro por el precio de casi treinta años de vida para cualquiera menos inflamado que él por un heroico amor a la verdad, o, como él dice: τὸ σαρπέα. Y, por otra parte, poseía el suficiente conocimiento del ser humano y de su contextura psicológica para que Nietzsche le llamara "el pensador de hombres".

Pero volvamos a sus palabras. Tucídides creyó que, dada la esencial identidad de los hombres a lo ancho del tiempo, sería posible la reiteración de ciertas posturas en la Historia. Ya no se trata, pues, solamente, de que él construyera historia verdaderamente científica apartándose del ingenuo novelar de sus predecesores (que tanto divagaron en torno a las cosas y, sobre todo, a las personas prétéritas, "inventando a capricho vidas y acontecimientos según un cálculo de probabilidades de lo típico") (3). Es que, además, barrunta en cierto modo la posibilidad de esa arriesgada operación que es la previsión del futuro histórico. Se trata, pues, de un momento solemne en la filosofía de la Historia y en la historia de Grecia; muchos síntomas de progresiva intelectualización nos presenta el siglo iv, pero quizá hay pocos tan agudos como éste de Tucídides para detectar el sutil viento racionalista que ya entonces hinchaba las desplegadas velas de las mentes en tensión; ese predescubrimiento de las costas del futuro realizado por los vigías de la razón tenía la gravedad suficiente para haber podido alarmar a la Phytia y a los sacerdotes de Delfos, exclusivos usufructuarios hasta entonces en el monopolio de toda adivinación; hubieran podido predecir con verdad —por única vez y sin especulación ni ambigüedad— su propia jubilación a plazo fijo.

Tendremos ocasión de citar nuevos pasajes de Tucídides que insisten en esta reiteración de los fenómenos que brotan en ciertas coyunturas históricas. Evidentemente, se trata tan sólo de observaciones embrionarias, no desarrolladas por el autor. Cuando aludimos aquí a previsión del futuro, distamos mucho de suponer a Tucídides inmerso, por ejemplo, en un profetismo histórico a lo Spengler; se trata, más exactamente, de una sagaz

(3) La frase es de Burkhardt, *Historia de la cultura griega*, vol. III, pág. 390. Justamente es Burkhardt uno de los que más han puesto de relieve, hablando de los griegos, "su singular talento para la mentira".

intuición acerca de la ejemplaridad de lo pasado, que anteriormente no había sido formulada, y que más tarde, a lo largo de la historiografía grecorromana, será parafraseada hasta la saciedad por medio de la conocida fórmula de la *historia magistra vitae*. Claro que apurando este concepto, ese magisterio aplicado a lo vital implica un saber menos mnemónico que previsor; después de todo, un magisterio de la Historia que sólo nos sirviera para establecer una mera correlación erudita y *a posteriori* entre el presente recientemente consumado y el pasado más o menos remoto, laboraría en el más estéril coleccionismo de fenómenos yertos. Hay que suponer, pues, en ese magisterio una cierta mayor utilidad tendida hacia delante, con vistas hacia las playas de un futuro cuyas sirtes podrán no ser medidas rigurosamente, pero que en todo caso se perciben enfrente.

Quedamos, por tanto, en que si las palabras de Tucídides no son una invitación al profetismo contumaz, lo son, sin duda, a la meditación. Y, sobre todo, lo es su obra, esa disección magistral de una guerra, que fué la más grande y la más fatal para la Grecia. El la vió claramente como tal, y nos cuenta cómo desde el día en que estalló se dispuso a estudiarla (*ἀρξάμενος εὐθὺς καθισταμένου*) (4). Sólo le faltó añadir, si hubiéra tenido tiempo de haberla visto concluida: "Tomad, las guerras son así."

Dóciles a su invitación, muchos se han engolfado en su lectura con menor afán de pura erudición que apremio por la urgencia de lo próximo, y no pocos han regresado de Tucídides predicando el escarmiento en la cabeza ajena. Uno de ellos, el sutil Lin Yutang (5), ha podido construir, hace bien pocos meses, un libro cimentado sobre un par de capítulos que se componen de muchas líneas de Tucídides, y a la hora de analizar críticamente algunos rumbos de la política reciente del mundo ha podido colocar, uno junto a otro, a Churchill y a Pericles.

Para conocer con mayor precisión los resultados de la guerra.

---

(4) Thuc., I, 1.

(5) Lin Yutang, *Entre lágrimas y risas*, caps. IV y V. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1944. Véase también una excelente crítica de la postura espiritual del autor del libro en REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, núm. 18, por Manuel de la Quintana.

peloponense en las ciudades griegas y su aspecto interno, esto es, para percibir en toda su palpitación la postguerra de Grecia, hubiera sido preciso que Tucídides pudiese haber tenido tiempo de concluir su libro. Lo hubiera coronado, posiblemente, con una especie de epílogo, pues no parece excesivo imaginar como posible inventor del epílogo a quien lo fué del prólogo: la necesidad, en todo caso, le hubiera impelido a estampar algunas consideraciones terminales, del mismo modo que al comienzo le había inspirado otras preliminares. Pero no pudo ser. De todos modos hay a lo largo de su obra unos cuantos lugares en que la pluma descansa de referirnos peripecias y de navegar en pos de trirremes y de hoplitas. En la arribada portuaria a la meditación, el cronista implacable es relevado a ratos por el pensador. Y es entonces cuando nos habla de que *"la guerra es violento maestro"* (6) para los hombres. Especialmente lo fué aquella guerra, cuyas verdaderas causas él había sabido discriminar de las puramente ocasionales: *"y escribo los motivos y las querellas por las que rompieron la paz para que nadie tenga que investigar algún día de dónde surgió esta guerra entre los griegos: creo que el verdadero motivo, aunque inconfesado, es el de que la prosperidad de Atenas alarmó a Esparta y le puso en el trance de declararle la guerra. En cambio, las causas que por una y otra parte se aducían en público y por las que rompieron la paz lanzándose a la guerra, eran estas otras"* (7).

Estas otras causas o más bien *pretextos* (προφάσεις), que especifica a continuación, son las eternas querellas entre las ciudades y sus mil colonias más o menos filiales. El chispazo inicial se dió en Corcyra (Corfú), como podía haberse dado en cualquier otra isla del Egeo, en una colonia tracia o en cualquier ciudad del interior. Y es precisamente la narración de unos disturbios que cinco años más adelante, y ya en plena guerra, acaecieron en Corcyra al ser "liberada" la ciudad por la venida de sesenta trirremes atenienses, lo que dió lugar a una atroz represión de los corcyrenses contra sus propios paisanos del partido opuesto, que no es sino el preludio de toda una tremenda sinfonía de excesos que se elevaría desde la Grecia entera: Después

---

(6) Thuc., III, 82.

(7) Thuc., I, 23.

de referir las crueldades —bastante adivinables para cualquier lector de hoy—, el grave, el insensible Tucídides, emocionado todavía por el recuerdo, habla de los frutos de la guerra interior:

*“Y con la discordia cayeron sobre las ciudades muchas y dolorosas desdichas, las que suelen ocurrir y que ocurrirán siempre mientras la índole de los hombres permanezca idéntica, y que, por lo demás, serán más intensas o menos, y de forma variable, en la medida en que las diversas vicisitudes de las circunstancias se produzcan”* (8). A continuación explora la postura esencial de las ciudades en momentos de paz y especifica cómo su ventaja radica no tanto en el bienestar de las cosas materiales como sobre todo en la pacificación de los espíritus (*ἀμείβους τὰς γνώμας ἔχουσιν*), y añade: *“Pero la guerra, sustrayendo el disfrute de las cosas habituales, es violento maestro: hace que en el hombre sea semejante su furor al de las circunstancias.”* Y así en el caos de la discordia parece que las ciudades establecen un pugilato de crueldades y es entonces cuando se llega hasta *“lo absurdo en las venganzas”* (*τῶν τιμωριῶν ἀτοκία*). Por lo demás, en ese mismo caos naufragan los principios. Hay unas cuantas líneas escritas de pasada que anotan cómo uno de los efectos de la guerra fué producir un atroz confusionismo en los conceptos: si se trasladan, por ampliación de escala, al plano de los principios internacionales, implican su liquidación irremisible: *“innovaron a su arbitrio la normal valoración de los conceptos con respecto a la realidad”* (9). Hasta qué punto fué esto una triste verdad en aquella guerra decisiva para la Hélade, es cosa que a la vuelta de cada página se puede comprobar.

Es también aleccionador asomarse al sistema de alianzas y a las normas que en cada caso las presidieron. Lejanos ya los días de Marathon y Salamina en que las ciudades pudieron unirse precisamente en virtud de la autenticidad de unos principios perdurablemente válidos para todos los griegos, la nueva situación de los bandos aliados era tan inconsistente en sus principios como insensata en los fines:

*“La unión que se conservaban entre sí no estaba apoyada*

(8) Thuc., III, 82, III.

(9) Thuc., III, 82, IV.

*en ley divina, sino en el hecho de que habían violado juntamente unas mismas cosas."*

*"Siempre que se verificaban juramentos de austerencia eran prestados, tan sólo, por el agobio de las cosas en el presente: tenían vigor mientras no existía poder para hacer otra cosa."*

*"Cada cual hacía más por vengarse (de lo recibido) que por no ser dañado en adelante." "El que más se irritaba era siempre fidedigno, y siempre sospechoso quien le contradecía" (10).*

Estas reflexiones que a Tucídides inspira el caótico estado de las ciudades griegas, apenas si necesitan comentario. Las pronuncia inmediatamente después de advertirnos, con un gesto de cansada sabiduría de lo humano, que todo eso no es sino lo que ocurre siempre que se da una identidad de circunstancias que tiene su más profundo arraigo en la índole del hombre.

En otro lugar, y después de referir los estragos y síntomas de la terrible peste de Atenas (11), existen unas breves consideraciones, también insinuadas de pasada, pero de gran valor para saber a qué atenernos respecto de las consecuencias de la guerra en la esfera de lo moral. La guerra, con su reata de desdichas, acarreó un estado de cosas que en lo ético y religioso están resumidas en esta frase: *"los hombres comenzaron a despreocuparse de lo religioso, en lo privado como en lo público"* (12). A continuación, "el pensador de hombres" trata de indagar y

(10) Thuc., III, 82, entre 5 y 8.

(11) Todos los historiadores, al aludir a ella, tienen que rendir un tributo de admiración a la agudeza de Tucídides en la observación científica de la naturaleza. La peste está descrita con conciencia de historiador hermanada con la inteligencia y la sobriedad del médico. Un historiador vulgar se hubiera limitado a contarnos horrores. Por eso es exacta la reflexión de Carlos Otrido Muller: "La historiografía moderna debe tomar por modelo esta transparencia en la exposición del gran historiógrafo ateniense... una descripción de la peste como la que hallamos en Tucídides... un profano en la materia no podría hacerla con el espíritu de observación y la perspicacia necesaria, y un médico no sabría hacerla tan inteligible" (*Hist. de la Lit. griega*, vol. II, pág. 362 y nota); por lo demás, de la finura analítica de Tucídides en este sentido ha de dar idea el hecho de que al leer sus consideraciones sobre la peste tropezamos con un pensamiento que emociona al lector de hoy y le hace acordarse de Pasteur y de Jenner: en él se encierra el secreto de la prevención por medio de la vacuna (II, 51, 6).

(12) Thuc., II, 52.

explicarse los trámites psicológicos en que puede operarse el deslizamiento hacia la incredulidad y la apatía moral. Resumiendo su pensamiento, podemos parafrasearlo en el sentido de que el súbito cambio y la zozobra constante de las cosas materiales y su verosímil inutilidad próxima desatan en la preocupación de todos un ritmo acelerado para las apetencias de toda suerte de disfrutes y la inercia correspondiente en el cultivo de todo lo espiritual, como contrapeso psicológico de la avasallante realidad que en la conciencia de todos cobran las urgencias materiales (13). Por este procedimiento las desgracias hacen abocar a una situación de ánimo materialista, y al mismo tiempo desesperada; no existe el habitual temor hacia las penas de la ley; la guerra desencadena penas más inexorables. Esta pérdida del temor y del respeto desemboca a su vez en el círculo vicioso del desorden ante todo lo establecido, y en especial ante las relaciones con la divinidad, que azota con todo su rigor a los buenos lo mismo que a los malos, precipitando a todos en una desesperación tanto más funesta cuanto que es lenta y progresiva.

Para esta sumaria ojeada a pasajes de Tucídides, que ofrecen una evidente correlación con nuestros días, podríamos encontrar todavía muchos lugares provistos de ejemplaridad, incluso a pesar de que él no se propuso hacer una historia de Grecia ni aun de Atenas durante la guerra, sino más bien una rigurosa monografía de la guerra peloponense en sí misma (14). En todo

---

(13) Una intuición semejante en cuanto a penetración psicológica hallamos desparramada en el Fedón (83, B. C.). Dice Platón que el más grave mal que acarcean las preocupaciones materiales, y tanto mayor cuanto que es insensible, radica en que sus efectos —placer, dolor, etc.— llegan a adquirir en nuestra conciencia una realidad suprema y exclusiva haciéndonos creer que el objeto sobre que versan es “el más verdadero” (ἀληθίστατον). Los escritores griegos nos brindan con harta frecuencia destellos de una agudeza psicológica experimental que acaso no suele ponerse bastante de relieve por no estar expuesta sistemáticamente. Se halla dispersa a lo largo de obras de la más varia índole, en la ética como en el teatro o en la historia.

(14) Véase el estudio de S. Montero Díaz sobre las relaciones entre “Estoicismo e Historiografía”. En él se especifica que “el saber histórico de Tucídides se resuelve en una profunda intuición ética del hombre y en un sagaz sentido psicológico. Su pensamiento es afín al de Eurípi-des y la sofística de Protágoras. Tucídides no trasciende el concepto

caso lo extractado permite vislumbrar la situación política y social de la Grecia de fines del siglo v y comienzos del iv, cuya comparación con la Europa de nuestros días se puede establecer con abundancia de puntos coincidentes.

Pero existe uno particularmente palmario. Se trata del peligro oriental. En la contemplación del paisaje histórico de Grecia la visión más falaz consistiría en percibir al pueblo griego como mero inquilino gozoso del sol mediterráneo, con ocio suficiente para poderse dedicar a la destilación de una cultura exquisita. La vida griega estuvo eternamente amenazada por el enemigo oriental, que entonces era persa. No es incidir en un curioso juego de correspondencias históricas (15) el señalar que Persia fué a la Grecia lo mismo que el turco frente a la Cristiandad y que Rusia frente a nuestro Occidente. "En la antigüedad griega las relaciones entre Estado y Estado transcurren —señala Burkhardt— bajo el signo de la enemistad", y esa enemistad se manifiesta con paradójica saciedad en las inauditas alianzas que entre sí tejieron y destejieron con una frondosidad pareja a las modernas europeas. Frente a este paisaje fragmentado estaba la abrumadora unidad persa, forjada, claro está, por el procedimiento típico de lo asiático: un elemento fuerte sojuzgaba a un inmenso territorio y se instauraba un dominio despótico que después de asegurar en el interior una unidad monstruosa se volcaba hacia otros mundos geográficos, como incitado por un dios que le llevase al aniquilamiento de lo que encontrara a su paso (16).

Frente a la atroz división de las ciudades griegas en la época historiada por Tucídides, y sobre todo en la inmediata posterior,

---

de historia de la Helade" (*Revista de la Universidad de Madrid*, tomo III, Letras, año 1943).

(15) Sí lo sería, en cambio, o por lo menos se expondría a serlo, una identificación pretenciosa y prolongada de las diversas ciudades griegas con las varias naciones europeas de hoy o de ayer. Coinciden éstas con aquéllas en lo esencial, en la discordia íntima frente al enemigo verdadero. Apurar similitudes secundarias es tarea que verosímelmente se desliza hacia una zona tendenciosa cuya primera consecuencia puede ser el sacar las cosas de su quicio.

(16) La observación es de Burkhardt, *Historia de la cultura griega*, vol. I, pág. 289.

se halla, como siempre, Persia; pero hay que resaltar, como lo hace recientemente Ulrich Wilcken, la enorme supremacía política de Persia sobre el mundo griego durante los lustros que marcan el tránsito del siglo v al iv. Precisamente esta supremacía se la habían brindado las ciudades griegas al disputarse entre sí la sonrisa y las migajas de la mesa del "Gran Rey", que en su calidad de *tertius gaudens* (17) se aprovechó de una situación en que el propio enemigo inclinaba la balanza a su favor; de cómo las ciudades griegas se empeñaban en dárselo todo hecho a aquel a quien invariablemente llamaban ὁ μέγας βασιλεὺς, hay en Tucídides pruebas inolvidables, y puede decirse que todo el libro VIII de su obra no es sino la disputa entre Atenas y Esparta para ser cada cual, y no la otra, quien ofreciera a Persia el puñal con que todas habían de ser asesinadas. Pero hay en el libro IV una alusión incidental que vale por muchas explicaciones respecto de la feroz ininteligencia a que habían llegado los Estados griegos no sólo entre sí, sino incluso cada uno en su interior.

El jefe de una nave ateniense capturó en las costas de Tracia a un emisario persa que se dirigía subrepticamente a Esparta llevando cartas del "Gran Rey". El persa y su misiva fueron llevados a Atenas, donde se descifró del asirio la carta destinada a los espartanos. El "Gran Rey" les decía, entre otras muchas cosas —que Tucídides calla—, la de que *"no entendía qué era lo que querían, pues, aunque habían llegado a él muchos enviados lacedemonios, cada cual decía una cosa: que, en fin, les enviaba ese emisario suyo para que ante él se pusieran de acuerdo de una vez"* (18). Hasta ese extremo se llegó; he aquí que incluso al enemigo eterno de la Grecia le parece ya excesiva la división interna de los griegos: él acoge gozoso —¡cómo no!— sus disensiones, y está dispuesto a atizarlas con el combustible de su oro, pero estos inquietos griegos son más persas que el Rey de Persia; y lo peor del caso es que esta anécdota, cuyo protagonista fué concretamente Esparta, podía también hacerse extensiva a todas las demás ciudades griegas. A lo largo de la guerra peloponense hubo, sin duda, muchos momentos en que

(17) U. Wilcken, *Historia de Grecia*, pág. 243.

(18) Thuc., IV, 50, 1-3.

los contendientes se apearon de su dignidad nacional para merodear en torno al palacio de Susa, pero ante un pasaje como el citado, el lector de Tucídides sorprende en sí mismo una sensación inédita: leyendo textos griegos es la primera vez que uno se ruboriza por el ridículo que ahora se añadía a la torpe traición.

Si Tucídides hubiera podido concluir su Historia, sin duda nos hubiera ofrecido cuadros todavía muy elocuentes del interior de Grecia en el momento de la postguerra con la objetiva sagacidad que le era peculiar; pero hay ciertas cosas que se pueden adivinar suficientemente sin necesidad de acudir a otras fuentes, a la de su heredero historiográfico Jenofonte, por ejemplo, o incluso a indicios indirectos. Lo que él dejó escrito es más que suficiente para prever cómo iba a terminar una guerra que se había iniciado por aquellos motivos y que se desarrolló en los trámites que él consignó. Después de leído el libro VIII ocurre que ya no importa quién va a ser el vencedor intestino y que la victoria de cualquiera de los contendientes se percibe como una contingencia absolutamente vacía de sentido. Sólo Persia podía salir gananciosa, la Persia que aspiraba a una amplia zona de influencia en la región de Asia Menor, sembrada de ciudades griegas que constituían la avanzadilla de Europa frente al Asia y que precisamente por esto se hallaban siempre expuestas al triste destino de primeras víctimas. Se prevé que respecto de los Estados griegos, al finalizar la guerra, el presunto vencedor griego iba a tropezar con demasiadas dificultades a la hora de pretender hacer su justicia y reparar agravios donde quiera que el presunto vencido hubiera intervenido con dureza y violencia. Y, dados sus proyectos de hegemonía exclusivista, era evidente que no se aplicaría con demasiado idealismo a apagar las sediciones intestinas de los Estados que por haberle ayudado en la victoria podían mermarle su usufructo, y mucho menos en el caso de los vencidos. A la postre, habría de ser bastante difícil hacer distinción entre los que habían tomado partido en favor del vencedor o en contra suya. Se tenía que dar el caso de Estados de segundo y tercer orden para los cuales el vencedor no había de tener excesivos miramientos por lo que habían hecho durante una guerra en la cual, quizá, combatieron al enemigo ya que no con recursos más efi-

caces que el propio vencedor principal, si con la auténtica fogosidad que brota de la rivalidad tradicional eternamente viva entre próximos vecinos. Que todo esto sucedió es cosa suficientemente conocida y para los fines de las presentes reflexiones tan extemporáneas como lo habían de ser todas esas consideraciones habitualmente elaboradas por la conjugación de excesivos futuribles respecto a los detalles de la ulterior organización de Grecia a base de suponer que el vencedor hubiera sido Atenas en lugar de Esparta (19).

Nos basta con destacar cómo la guerra en sí pudo haber constituido un definitivo suicidio de Grecia frente a Persia, y cómo el encono de los mismos griegos hizo perfectamente posible una nueva invasión del continente, esta vez sin Marathon ni Salamina.

Por fortuna para Grecia y para Europa, la Persia del momento era también enemiga de sí misma. La fragmentación espiritual de Grecia, diremos pues, "coincidió" con la de Persia, y ésta fué la salvación de las ciudades griegas. Pero nótese que se trata de una coincidencia de situaciones que no se implican dentro de una órbita; históricamente, Grecia y Persia pertenecen a orbes distintos entre sí, tanto y más que el Occidente y Rusia. Ahora bien, la Persia del siglo IV antes de Cristo no pudo, en aquel preciso momento de su desarrollo, erigirse en destructora del mundo helénico, como lo demostraron más tarde hasta la saciedad aquellos doce mil mercenarios griegos que al mando de unos cuantos "condottieros" de la época hicieron una expe-

---

(19) La actitud de una simpatía más o menos tácita hacia uno de los contendientes, generalmente Atenas, es un modo de prolongar en la historia de la Historiografía la guerra del Peloponeso, y suele dar origen a una serie de consideraciones sobre las posibles ventajas de una victoria ateniense. Esta actitud, bastante frecuente en el siglo pasado, puede percibirse también en el viejo Ernst Curtius (*Historia de Grecia*, vols. V y VI). Nótese que la actitud de Tucídides, cuya línea seguimos aquí en este aspecto, es distinta y se halla por encima de pleitos de ese género, perfectamente comprensibles, por otra parte, en un historiador. No escribió la guerra de Atenas o la guerra de Esparta, sino la guerra de Grecia. De aquí que, como señala S. Montero Díaz (*op. cit.*), nuestro autor "no trasciende el concepto de historia de la Helade"; lo cual, naturalmente, no es óbice para que su obra constituya el más claro documento de la historia de Grecia.

dición hasta el corazón de la inmensa Persia. Esta fué la fortuna de Grecia dentro del infortunio que se labró a sí misma: el "Gran Rey" se parecía todavía demasiado a un 'Zar, con una corte igualmente fastuosa y con un país tan extenso como insuficientemente tensado para un volcamiento bélico sobre el Occidente. Si los griegos, que a fuerza de pelearse entre sí habían llegado incluso a la convicción de que su paz era irrealizable (20), hicieron durante esta época todo lo posible por someterse políticamente a aquella Asia de la que, sin embargo, abominaban (21), y si, al fin, esta entrega insensata no se resolvió en su propia aniquilación total, la salvación de Grecia sólo se debe a causas ajenas a sí misma. En un griego tan bello e inteligente como Alcibiades anidaba al mismo tiempo el genio del mal. En la sublime alma de Grecia residió también, esclavizándola, un semejante genio demoníaco: la docilidad de este pueblo a sus más negras insinuaciones se halla perpetuada, como en un diario íntimo, en la obra de Tucídides.

\* \* \*

Qué nuevas vicisitudes iba a deparar a las ciudades griegas su feroz particularismo y cuál fué el procedimiento —extra-helénico, sobre todo políticamente— que pondría fin a la heroica discordia, es asunto que se aleja de los límites de la consideración que habíamos elegido. Sea cual fuere la postura que se adopte en el dramático litigio epilodal entre Filipo y Demóstenes, litigio que se ha perpetuado más o menos subrepticamente en la historiografía moderna entre el bando de escritores alemanes y el de los franceses (22), lo cierto es que hasta ese mo-

(20) Véase lo que sobre el particular piensa Platón: "es una ley de la naturaleza que la guerra sea continua y eterna entre las ciudades" (*Leg.*, libro I, 625, E).

(21) El supremo orgullo de un griego se cimentaba sobre el sentimiento de libertad, y toda ciudad griega, con un régimen u otro, se gobernaba a sí misma; la monarquía oriental era percibida por todo griego como algo odioso y sus súbditos como esclavos. La antinomia no podía ser más radical.

(22) Solamente Filipo, en la prolongación biológica e histórica de su hijo Alejandro, puso punto final a la disputa griega y, sobre todo, a la secular amenaza persa. En esto, que es lo sustancial, coinciden

mento el panorama de las ciudades griegas es una realidad política de colisiones pertinaces. Pero nosotros podemos detener el paso de la cinta histórica ante nuestras pupilas y estabilizarla por un momento en el episodio de la obcecación griega ante el riesgo gravísimo, que ya entonces era el riesgo de Europa frente a Asia. Su contemplación puede proporcionarnos la reflexión de que la lucha dentro de una superior comunidad espiritual puede llegar hasta los bordes del suicidio cuando se echan en olvido los supremos nexos espirituales.

Grecia los poseía, como los poseen también las comunidades europeas, sólo que no quiso galvanizarse con ellos y se limitó a relegarlos al olvido sin dejarse penetrar auténticamente por su imperativo, sin hacerlos vivaces y operantes. A lo sumo, ya desde entonces, los llamamientos de una ciudad a otra apoyándose en las supremas razones de hermandad espiritual, se convertían en mero recurso retórico y propagandístico. Con harta frecuencia patentizan los discursos que Tucídides pone en boca de embajadores y jerifaltes, cómo su misma invocación tiene más visos de argucia que de sincero evangelio misional: para el lector del historiador griego es bien fácil barruntar que cada vez que uno de los contendientes esgrime altas invocaciones se establecen capciosamente los prolegómenos de una fechoría que en el capítulo siguiente va a salir a la luz. Así los tesoros más preciosos y de mayor fuerza unitiva que anidaban en la conciencia política de Grecia se convirtieron en mero discurso, en puros λόγος. El λόγος es la gloria y la desdicha de los griegos.

---

todos. La división de posturas se inicia en el momento de juzgar las razones de Filipo y las de Demóstenes. La mayoría de los historiadores alemanes consideran a Atenas como una "Advokatenrepublik" y se pone de parte de Macedonia como país representativo de "la voluntad de poderío, que justifica la violación del derecho público con un derecho mejor". Así, Drerup, Droyssen y cien más. En los franceses es típica la actitud opuesta, de clara simpatía hacia la república de abogados. El fervor de Clemenceau hacia Demóstenes (véase su *Demóstenes*) es algo más que la simpatía de un político moderno por su "doble" ateniense, y representa, elevado a tipo, la admiración hacia el tribuno griego tal como se dibujan sus perfiles de patriota y demócrata en las "harangues", que constituyen tema preferente de enseñanza en los Liceos franceses. Historiadores recientes continúan esta misma polémica. (Véase Gloetz, *La ciudad griega*, págs. 480-493.)

Con el *verbo* fomentó Grecia toda cosa, excepto una, su unión, y precisamente cuando más la necesitaba. Hemos de reconocer, al comparar las posibilidades de concordia griega con la europea frente a un enemigo común, que esta última se halla menos preparada por toda una serie de aglutinantes que allí concurrían con mayor uniformidad que aquí, pero ello no demuestra, en definitiva, sino que el europeo de hoy deberá poner más empeño aún que sus predecesores helénicos. Verdaderamente, las necesidades espaciales vitales de las ciudades griegas no eran tan perentorias como para amenazar con el hambre a sus paisanos. Es cierto también que la sofística se había instalado en algunas mentes más abiertas al aireo de las viejas ideas, y que en ellas el tradicional acervo mítico empezaba a licuarse bajo los rayos del sol racionalista, pero en todo caso la nueva filosofía no actuaba aún en la Hélade ni, sobre todo, podía ser un directo responsable del frenesí que floreció en cada ciudad. No es menos indudable que la proyección ética de la Religión era también exigua y que la polar contraposición temperamental de ciudades como Esparta y Atenas, evidenciada siempre en la discrepancia de formas de gobierno, no eran los mejores principios para una comunión y mutuo entendimiento, pero incluso la acumulación de todos estos factores no nos explica esa "psicosis de odio" que delata Gregor (23), y, sobre todo, no nos convencen de cómo, aun contando con ella, pudo el pueblo griego despojarse de vínculos tan decisivos como lo eran su lengua, su raza, aclarada frente al bárbaro, su religión, con Delfos, Olimpia, Eleusis y, finalmente, su libertad.

Todo ello lo vemos hoy muy fácilmente apostados en una elevación del tiempo, con suficiente perspectiva y con los instrumentos ópticos que nos han proporcionado la técnica y la reflexión historiográfica de varios siglos. Por ello es posible que nos hagamos cruces ante la fatal incomprensión de Grecia y temblemos un instante sólo de pensar lo que pudo ser de ella

---

(23) Joseph Gregor, *Pericles. Grandeza y decadencia de Grecia*. Se trata de una obra que "se propone incorporar a la vida moderna la época más espiritual y trágica de la humanidad" (pág. 17). Muy alejada, por tanto, del viejo y plácido fin puramente erudito, transida, como tantas de la hora actual, por la angustia del presente proyectada en la visión del pasado.

si el enemigo asiático hubiera aprovechado la ocasión que le brindó ella misma.

Y es que, como ya le advierte Lin Yutang al hombre blanco y europeo guiñando su pícara sonrisa de chino viejo y sutil: "somos muy sabios *a posteriori*". Es verosímil que la obra de Tucídides tenga motivos para servirnos a nosotros algo más que un mero trofeo arcaico de esa sabiduría posterior: ya en ella se nos advierte que en el antiguo suicidio de los Estados griegos se podrán reconocer "*las cosas que, dada la índole humana, habrán de sobrevenir también en el futuro*". Cuando un hombre como Tucídides nos entrega su obra prometiéndonos con ella "*una adquisición para siempre*", seguramente no es inteligente guardarla celosamente en el museo como una curiosa dádiva paleontológica. Hay todavía en ella conmovedora palpitación vital.

ANGEL ALVAREZ DE MIRANDA.